

y para el rápido y chispeante centelleo de tus ojos, fulguran sin descanso los volcanes andinos. Sólo la voz del trueno, tableteando sin cesar, entre las oquedades de los abismos, pudiese responder en ecos portentosos, al silencio imperturbable de tu gloria, oh Padre inmortal!

(*El Tiempo*, Bogotá).

LA INDEPENDENCIA DEL PERÚ

Ayacucho

Va a celebrarse el próximo mes de diciembre, en el Perú, el centenario de la batalla de Ayacucho. Entre los hechos militares de la guerra de la independencia de los pueblos hispanoamericanos se destaca la victoria de Sucre, porque puso fin a la dominación española en el continente.

Al cabo de un siglo, los españoles podemos participar, sin humillación ni desdoro, en esta conmemoración, como ya hemos participado en otros aniversarios de la emancipación americana. Se celebra en verdad el triunfo sobre los últimos defensores de la soberanía española en los antiguos virreinos. Esto, que desde un punto de vista, estrictamente nacionalista, aconsejaría la abstención, se suaviza o se borra considerando con una visión histórica más amplia que el resultado fatal e inexorable de aquellas guerras civiles fué la formación de las nuevas Repúblicas de nuestra raza, que son los mejores testigos que puede presentar España cuando se la pregunte por su fecundidad en la historia de la humanidad. España ha sido madre de pueblos que participan de sus virtudes y de sus defectos, pero que aparecen llenos de porvenir, y ésta es su mejor corona.

Los hechos militares no son lo más importante en la emancipación de los pueblos hispanoamericanos. Aunque en Ayacucho hubiera vencido el virrey La Serna, la soberanía española no se hubiera mantenido en el continente. Se habría prolongado un poco de tiempo más. La revolución estaba hecha en el espíritu de las clases directoras hispanoamericanas, y era invencible. La marcha de los sucesos de España concurriría a hacerla inevitable y a impedir hasta una separación pacífica como la del Brasil. Todavía en vísperas de Ayacucho, en los tratos y conferencias entre americanos y españoles, hubo por parte de aquellos proposiciones de establecer una monarquía constitucional independiente, de acuerdo con España, que acaso hubiera podido realizar en parte el plan de Aranda.

La España de 1824, fecha de Ayacucho, es la España de la segunda reacción fernandina, instaurada con el apoyo de una intervención extranjera. Los americanos no estaban dispuestos a gritar «¡vivan las cadenas!», como el populacho embrutecido de la Península. El ejemplo de los Estados Unidos, y sobre todo las ideas de la revolución francesa, habían modelado los espíritus de sus hombres más eminentes. El Deseado, tan buen hijo, tan patriota en la cautividad, tan fiel a sus juramentos de monarca, como acredita la historia, no les parecía deseable a los americanos. Es verdad que la independencia de América era un hecho fatal; pero la abyección política en que

había caído España le daba una razón más y agregaba a su dinámica un nuevo motivo, que influía sobre los mismos americanos partidarios de soluciones pacíficas.

Los soldados españoles pelearon mejor de lo que podía esperarse en la guerra de la independencia de América, y a veces fueron mandados con pericia; pero las cualidades profesionales, aunque existan, no bastan a suplir el empuje del alma colectiva, decisivo en las empresas exteriores. Esa alma no existía en la España fernandina de 1824.

Militarmente considerada, la jornada de Ayacucho parece bien pequeña para sus consecuencias. Los dos ejércitos apenas sumaban veinte mil hombres. A pesar de los variados títulos de los batallones y del número de generales, achaque común a americanos y españoles, luchaban apenas dos divisiones incompletas de efectivos modernos, poco más de dos brigadas. Mas la guerra se hacía en América con cortos efectivos, y por otra parte, Ayacucho venía después de otros sucesos militares y políticos que, poco a poco, habían ido reduciendo a una parte del Perú el área del dominio español. Sobre todo, lo importante era el espíritu, aquel empuje nuevo de independencia que había brotado en las antiguas colonias de América.

Hay en Inglaterra un libro clásico de sir Edward S. Creasy, concebido según la falsa y parcial concepción de la historia que la convierte en una crónica bélica y que se titula: «Las quince batallas decisivas del mundo» (*The fifteen decisive battles of the world*).

Los americanos, y en particular los peruanos, como más interesados, pueden, con razón, considerar la de Ayacucho como la más memorable de sus batallas; pero en Ayacucho, más que el hecho militar, lo que hay que conmemorar es el resultado, la consagración de la independencia. La jornada bélica es como el relieve del pedestal del monumento, y es lo que menos debe interesar en esta conmemoración secular en que americanos y españoles, reconciliados, pueden y deben concurrir en el recuerdo de aquella metamorfosis histórica que produjo el nacimiento de las nuevas Españas de Ultramar.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

(*El Sol*, Madrid).

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación,
Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCÍA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega	¢ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El tomo (para el exterior)	\$ 3.50 oro am.
La página mensual de avisos (4 inserciones)	20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento.
En el anual, un 10%.